Silvia Gallego Serrano
Un discípulo heterodoxo de Menéndez Pelayo: José Luis Cano
Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo. XCI, 2015, 189-201

UN DISCÍPULO HETERODOXO DE MENÉNDEZ PELAYO: JOSÉ LUIS CANO

José Luis Cano nació en 1911 en Algeciras, en el seno de una familia burguesa adinerada, viajaba con mucha frecuencia hacia la colonia inglesa y esta cultura y sus condicionamientos sociales permearon su cosmovisión. Se trasladó a Málaga en 1924, donde su padre fue nombrado Gobernador Militar y allí el poeta Emilio Prados fue su guía espiritual y poético. En 1931 llegó a Madrid para estudiar Derecho y Filosofía y Letras, donde contactó pronto con los ambientes literarios y vivió con intensidad los años republicanos; por ejemplo frecuentó la casa de Alberti, conoció a Miguel Hernández, mantuvo la amistad con Vicente Aleixandre y Lorca... La ideología liberal vertebró los discursos y los comportamientos de José Luis Cano, de modo que dirigió su atención crítica hacia los autores extranjeros y del exilio tras concluir su formación. Cuando finalizó la guerra civil, tras ser encarcelado, fundó dos importantes empresas culturales para continuar la tradición anterior: la editorial Adonais y la revista *Ínsula*. En muchos casos se vio obligado a luchar contracorriente y "en sordina" contra todo tipo de adversidades –no sólo contra la censura– con una voluntad y un tesón encomiables. Ejerció un papel muy relevante en el contexto cultural de la época, por ejemplo en la tertulia de *Ínsula*, en los premios de la Crítica y en grupos como el Pen Club o el Comité por la Libertad de la Cultura.

El crítico andaluz valoró que Menéndez Pelayo supiera separar la amistad y la literatura de la política, planteó como ejemplo la relación del santanderino con Galdós. De la misma forma, el magisterio y el respeto por las principales aportaciones del fundador de la crítica moderna se evidenció a pesar de las diferencias ideológicas en un sentido muy amplio, así las principales estéticas que defendió Cano fueron el romanticismo, las vanguardias y la poesía pura en sus múltiples formas.

El andaluz puso de relieve la relevancia de la crítica biográfica al apuntar por ejemplo que el polígrafo santanderino "tenía sus manías y su genio y que no rehuía las reuniones de sociedad ni las tertulias de escritores" (1966: 53). Así en el artículo "Valera en sus cartas" publicado en *El escritor y su aventura* aludió a la tertulia a la que asistían Menéndez Pelayo, Pardo Bazán o los

hermanos Quintero y, en muy pocas ocasiones, Baroja y Azorín. En el artículo que dedicó al cántabro criticó la imagen deshumanizada que se daba en ocasiones y cuestionó por qué esquivar u ocultar ese lado humano al trazar una imagen de su figura.

Consideramos a José Luis Cano un discípulo de la escuela de Menéndez Pelayo[1], que aglutina algunas ideas de Azorín y se alinea cerca de algunos presupuestos de Cansinos Assens y de Andrenio. El propio Cano, en su fundamental artículo "Nota sobre la crítica literaria en España" de 1964 se autoinscribió en la promoción de Dámaso Alonso, insigne seguidor de la escuela de Menéndez Pelayo. La obra crítica de Cano se revela deudora de la crítica de principios del siglo XX y presenta rasgos de crítica impresionista, biográfica y con matices sociológicos en el contexto de la posguerra.

En el último tercio del siglo XIX aparece la obra de Marcelino Menéndez Pelayo, que recoge los principios de la escuela romántica catalana de Manuel Milá y Fontanals y los integra en la estética ecléctica que, aun no siendo formulada de manera explícita, se puede rastrear en la obra misma. En el mismo período, otros grandes críticos muestran una preocupación ética que se traduce en su concepto de la función moral y social de la literatura; en algunos de sus trabajos es patente la impronta del krausismo. Conviene tener en cuenta que la historia de la crítica española en el siglo XX se abre bajo el signo de una preocupación europeísta y una reafirmación española. Como hemos comentado Menéndez Pelayo fue el fundador de la crítica española moderna, fijó los conceptos generales y determinó los métodos. Asimismo aparecieron otros críticos[2] que en una compleja edad de transición, sometidos a las más dispares influencias filosóficas, estéticas y críticas, afrontaron el examen y la valoración de lo contemporáneo procurando, a la vez, fijar un canon eficaz para su tarea. Como instrumento de orientación histórico-cultural de la investigación literaria, Menéndez Pelayo reivindicó la importancia del estudio de las fuentes, además de la valoración estética y la exploración del medio histórico y social. Sobre el primer aspecto aseguró que el estudio

[1] Somos consciente de que el concepto de "escuela de Menéndez Pelayo" es suficientemente discutible. Obsérvense las apreciaciones de Dámaso Alonso, por ejemplo, en su intervención en el homenaje a Menéndez Pidal en el Ateneo de Madrid, el 25 de febrero de 1969 (Archivo del Ateneo de Madrid, ROT 3/4/4): "Socialmente Menéndez Pelayo es discípulo de Milá y Menéndez Pidal lo es de Menéndez Pelayo. Pero en profundidad Menéndez Pelayo no es ni discípulo de Milá ni maestro de Pidal. Menéndez Pelayo, aparte, único, es discípulo de su propio genio y creador solo por él. Saltando este falso nexo que se nos tendía entre Menéndez Pelayo y Menéndez Pidal, este último es el que resulta en realidad el verdadero discípulo de Milá, mejor dicho, del libro de la madurez de Milá, *De la poesía heroico popular castellana*. No es Menéndez Pelayo sino este libro lo que nos da el verdadero engarce con la generación siguiente de la filología española, es decir, con Menéndez Pidal".

[2] Por ejemplo los estudios de Lapesa son un ejemplo de confluencia con la tradición de crítica histórico-estética abierta por Menéndez Pelayo, según Zulueta (1974: 274).

de las fuentes literarias de un autor, que es siempre capital para comprender la cultura humana como un conjunto de que el poeta forma parte, no ha de servir, cuando se trata de una obra superior, para ver lo que ésta copia y descontarlo de la originalidad: "El examen de las fuentes ha de servir precisamente [...] para ver cómo el pensamiento del poeta se eleva por encima de sus fuentes, cómo se emancipa de ellas, las valoriza y las supera" (*apud*, Zulueta: 1974:207).

A pesar de cierta "confusión terminológica" la idea predominante que expuso Cano en relación a esta cuestión fue la del "parentesco espiritual", elemento que se relaciona con sus postulados románticos y con la importante consideración de la tradición y de los antecedentes; la propia concepción de la crítica como compromiso entre lo histórico-literario y la herencia recibida responde a este importante rasgo de la praxis de José Luis Cano. En definitiva, quiso exponer a partir de sus lecturas que la literatura de calidad se nutría de literatura y que, como aprendió de Menéndez Pelayo, las relaciones con autores previos no eliminaban la originalidad de la obra. En cuanto a la lejanía del concepto de las fuentes y la aportación de Cano en el contexto de los críticos de la escuela de Menéndez Pelayo conviene tener en cuenta la reflexión de Salinas, crítico al que se mostró tan cercano el andaluz:

> Apartándose de la erudición de vuelo corto, de factualismo sin espíritu, de la manía de las fuentes, y demás endemias de esa disciplina, estos historiadores y críticos asimilaron las técnicas de la estilística, la psicología, la historia de la cultura, aplicándolas con notables resultados a la iluminación de nuestras grandes obras (1949: 177).

Wahnón indicó que aunque Menéndez Pelayo y Menéndez Pidal representan el polo hegeliano y el positivista de la historia literaria del siglo XIX español, resulta exagerada la diferencia entre el genio "artístico y poético" del primero y el "pormenorizador, reflexivo, estrictamente científico" del segundo, según estableció Dámaso Alonso (1952:87). Consideró más justo advertir que en la obra de Menéndez Pelayo la voluntad de interpretación del material histórico no ha cedido todavía a la exigencia positivista de atenerse al dato.

En todo caso, Zulueta (1974:399) enmarcó a José Luis Cano dentro del mismo grupo que Dámaso Alonso, Castellet, Baquero Goyanes. Cano asumió el magisterio del primero al apuntar que *Poetas españoles contemporáneos* de 1952 era un libro clásico "en el que hemos aprendido no poco los críticos que hemos venido después". De esta forma, se reconoció en la tradición de la escuela de Menéndez Pelayo, algo esencial en el pensamiento literario de Cano por la relevancia que otorgó a los antecedentes.

"Nota sobre la crítica literaria en España" es uno de los pocos textos metacríticos que Cano publicó, en él expuso consideraciones sobre la situación de la crítica y contrastó la situación en 1964 con las reflexiones de Clarín y de Azorín. Tuvo conciencia de su importante labor al mencionar que dese-

aba "historiar" la crítica una vez pudo percibir las aportaciones desde la posguerra. En cuanto a las clasificaciones de la crítica, Cano remitió a la de Azorín en 1893: la histórica o erudita y la de actualidad o militante. Y dividió esta última en dos clases: la crítica seria, que estaría representada por Menéndez Pelayo, Valera y Pardo Bazán y la crítica satírica, ejercida por Clarín. Según mostraremos en nuestra tesis doctoral la obra crítica de Cano se enmarca en la crítica militante.

El crítico andaluz destacó la escuela brillante de Menéndez Pelayo, a la que se debía la "actual renovación de las técnicas de investigación y análisis literarios". Adelantó la nómina:

> A esa escuela pertenecen nombres ya ilustres, como los de Américo Castro, Dámaso Alonso, Joaquín Casalduero, José F. Montesinos, Rafael Lapesa, Carlos Clavería, Ángel Valbuena Prat, Guillermo Díaz Plaja, Guillermo de Torre, Alonso Zamora Vicente, José Manuel Blecua, Pedro Salinas y Amado Alonso (1964: 307).

Por otro lado, en *Ínsula* nuestro crítico se encargó de aportar noticias de interés de carácter muy heterogéneo en la sección "La flecha en el tiempo". En el número sesenta y seis de junio de 1951 apareció una breve noticia titulada "Stendhal Club", en el que Cano animó a que hubiera más asociaciones del tipo "Amigos de...", porque sólo existían en España la de Menéndez Pelayo y, a temporadas, la de Valera; asimismo, denunció que otras "habían caído en total sopor". Tanto el deseo de reivindicar una obra –aunque fuera de forma simbólica– como la melancolía de otros tiempos en los que tenía mayor prestigio se vincula con su pensamiento de cuño romántico. En sintonía con la concepción divulgativa de la crítica, Cano escribió en noviembre de 1976 en la revista *Triunfo* que la Asociación de Amigos de Somoza instaló una lápida en el nicho anónimo. Añadió que fue destruida durante la guerra y en sintonía con la barbarie e injusticia señaló que Menéndez Pelayo denominó a Somoza "volteriano impenitente".

Concepto de crítica y primeros volúmenes críticos

Uno de los elementos claves que tomó del polígrafo santanderino fue la importancia de hallarse inserto en una tradición, así como que asumir elementos de los mejores maestros no impide la originalidad. Cano reflejó el concepto de la crítica literaria como aportación a la historia literaria en el prólogo de su primer volumen crítico, *De Machado a Bousoño. Notas sobre poesía española contemporánea*: "acaso puedan ser útiles al futuro historiador de nuestra poesía contemporánea como material de información y como referencia de un lector que ha vivido con intensidad un momento apasionante de la historia poética española" (1955: 9).

De esta forma, Cano demostró la conciencia de formar parte de la construcción del conocimiento y, a la vez, la visión como lector que mostraba sus gustos y se expresaba de forma artística llevado por el "fervor" hacia lo que estudia. Aparecen también el equilibrio entre el rigor y la impresión que caracteriza la obra crítica de Cano, la formación académica que lo sitúa en la escuela de Menéndez Pelayo y la defensa del gusto como el estudioso cántabro, Azorín o Bousoño. En el prólogo citado, Cano remarcó la importancia de la erudición para aportar datos a los historiadores con sus trabajos críticos y, a la vez, se situó como lector que ha vivido el periodo poético entre 1945 y 1955. Consideramos que emerge así la fundamental unión de la vida y la literatura en el pensamiento de José Luis Cano, como mostró en su concepción poética, en *Los cuadernos de Adrián Dale. Memorias y relecturas* y, por vivir entregado a la literatura, en su biografía. Con sencillez, Cano situó siempre su aportación cultural desde una perspectiva humanista más amplia como un compromiso ético tras la guerra civil. De manera significativa, apoyándose en Pedro Salinas y sintiéndose parte de los intelectuales, sentenció: "quizá no sea inútil que los demás vayamos acopiando materiales para el edificio futuro, por muy modestos que ellos sean" (*idem*).

Esta idea de contribuir a la historia de la literatura que José Luis Cano heredó de Menéndez Pelayo apareció en *De Machado a Bousoño* y, junto a ello, la responsabilidad de continuar un proyecto cultural en el contexto de su tiempo. También se percibió especialmente en dos trabajos: *El tema de España en la poesía española contemporánea* de 1964 y *La poesía de la generación del 27* de 1970. En este sentido, se sintió "albacea espiritual" (Mainer: 2003: 60) y concibió así su labor crítica. José Luis Cano reivindicó el rigor y la objetividad en la crítica literaria y recogió, de este modo, el legado de la escuela de Menéndez Pelayo, dado que como hemos comentado formó parte de ella por ser alumno de Dámaso Alonso.

Heterodoxos y prerrománticos

El crítico andaluz reconoció muchos méritos en la obra de Menéndez Pelayo, pero criticó ferozmente sus prejuicios con el XVIII y planteó otras perspectivas, como comentaremos de manera pormenorizada en esta obra publicada en 1975. Sobre *Historia de las ideas estéticas* (1890-1908) del cántabro, Cano aludió a "la ingente obra erudita, que con tanta atención y detalle estudió el proceso de las ideas literarias en nuestro siglo XVIII". La importancia de esta obra y de otra anterior, que le sirve como referente en el título, *Historia de los heterodoxos españoles* (1880-1882) fue sintetizada por García Mora:

> Historia literaria, pues, de España como la redactada por Marcelino Menéndez Pelayo quien ya había escrito sobre "los heterodoxos" y no propiamente sobre las heterodoxias, orientación que le habría conduci-

> do a una historia teológica o doctrinal. Cano prescinde de la apologética del santanderino para transmutarla en proximidad a "sus" heterodoxos y prerrománticos, por ser ellos la España creíble y amable que le lleva a peregrinar, como en el caso de Cienfuegos, hasta su cementerio en Orthez (2015: 10-11).

De hecho *Heterodoxos y prerrománticos* puede considerarse una glosa *sui generis* de algunas figuras de los heterodoxos que Menéndez Pelayo había estudiado, por ejemplo sobre Blanco White (Guerrero: 1991:94). Desde nuestro punto de vista, esta apreciación es parcial porque encontramos un mayor calado estético e ideológico en el marco de la obra crítica de José Luis Cano, sin duda está condicionado por su ideología liberal y el deseo de reivindicar la figura de los ilustrados y prerrománticos. Cano puso de manifiesto por un lado, los orígenes de situaciones injustas de su presente en una época pretérita, por otro, necesitó mirar atrás para evadirse de la terrible situación que desencadenó la posguerra y, con ella, el exilio de los grandes poetas. Dado que los prerrománticos y los heterodoxos eran sus "antepasados ideológicos" el esfuerzo hermenéutico supuso "una ocasión para homenajear una memoria olvidada necesitada de recuperarse". Como indicó González Troyano:

> José Luis Cano supo encontrar la forma de eludir la omnipresente censura en aquel ambiente cultural inhóspito de la España de los años cincuenta y sesenta que imposibilitaba la recuperación del nombre y de la voz de los escritores contemporáneos más comprometidos. Así, con la falta de libertad de fondo, buscó en otras épocas aquellos literatos que por su obra o por su trayectoria ideológica habían desempeñado un papel similar al de aquellos compañeros de generación que habían muerto o que habían sido obligados a exiliarse a partir de 1936 (2011: 12).

Este estudio de 1975 adquiere una significación especial en el conjunto de la obra crítica del José Luis Cano (con nueve volúmenes) porque se centra en los precursores del romanticismo, estética con la que Cano se muestra tan cercano en sus estudios y en su poética (escribió nueve libros de poesía, desde 1942 a 1991). Este periodo había sido desatendido en la tradición historiográfica y denostado por Menéndez Pelayo. Sobresale que en la obra que nos ocupa, *Heterodoxos y prerrománticos*, como en *De Machado a Bousoño*, explicite Cano su admiración hacia los trabajos de Andrenio y de Azorín. Con todo, el crítico andaluz mostró voluntad de recuperar a diversos autores y en continuar parte de la labor emprendida por Menéndez Pelayo –por ejemplo en su estudio sobre el desconocido Coetanfao valoró algunos de los juicios del polígrafo cántabro–. Por otro lado, Cano se enfrentó a la imagen distorsionada o al silencio, pues, en la época en la que escribía, el Siglo de las Luces no contaba con buena prensa por ser extranjerizante para los sectores más recalcitrantes aún existentes por aquellos años o, sencillamente, por la inexistencia de Ilustración en España para las jóvenes generaciones de los años sesenta

(García Mora, 2015: 11). Este contexto aumenta el valor de la aproximación de Cano pues, junto a otros adelantados como Llorens o Goytisolo, fue casi pionero en estos estudios, porque la tradición académica había institucionalizado en los programas de Historia Literaria pasar de Calderón al duque de Rivas sin tener en cuenta a los ilustrados.

Por las ideas conservadoras –una tradición basada en la denostación de Menéndez Pelayo sobre el XVIII– José Luis Cano decidió apoyarse en hispanistas extranjeros como René Andioc para rescatar una memoria olvidada y homenajear a su "antepasados ideológicos": los primeros liberales que lucharon contra el absolutismo intolerante del Antiguo Régimen. Establece un significativo paralelismo con sus coetáneos, compañeros de generación muertos u obligados a exiliarse. Maestro en evitar la censura, como demuestra su labor en *Ínsula*, ofrece un ejemplo de su sagacidad porque los entendidos podrían leer entre líneas. Autores como Leandro Fernández de Moratín, Cienfuegos, Alberto Lista, Blanco White o José Somoza desafiaron la ortodoxia política, religiosa o moral y también vivieron el exilio, la incomprensión, persecuciones inquisitoriales... Recordemos además que *Heterodoxos y prerrománticos* se publica en 1975, cuando empieza a alborear la era democrática en España. Según Guerrero (1991:93) es la misma preocupación que le llevó anteriormente a la publicación de una antología titulada: *El tema de España en la poesía española contemporánea* en *1964*. Cano escribió sobre el siglo XVIII "por pura conexión, por pura simpatía, por pura identificación".

El crítico andaluz apuntó que la sensibilidad romántica y la generación del 98 tenían un gesto que los preludiaba en el último tercio del XVIII en la crítica reformadora y en la inquietud social de Feijoo, Cadalso, Jovellanos, Meléndez, Moratín y Cienfuegos. Cano fue un epígono del 27 que continuó la relectura de ciertas épocas y autores, así si el esfuerzo hermenéutico había erradicado el desprecio por Góngora, *Heterodoxos y prerrománticos* lo enmarcamos en un proyecto general con las implicaciones ideológicas que estamos comentando. Por ejemplo cuando Cano se centró en Cienfuegos, remitió a su maestro Meléndez Valdés y a sus tertulias –recordó que en ellas, a modo de Arcadia, cada miembro recibía un nombre pastoril–. Puso de relieve la actitud prudente del poeta al no publicar en el volumen de sus obras su poema más revolucionario, "En alabanza de un carpintero llamado Alfonso", en el que Menéndez Pelayo, con razón, veía cierta veta socialista; se trata de un importante ejemplo en el que valora la sagacidad del santanderino. También subrayó el "apasionado humanitarismo" y el tono de "panfleto político", aunque al final el carpintero tenga una "patria inmortal donde encontrar eterna dicha" para evitar las acusaciones de ateísmo y de materialismo sensualista.

Por otra parte, en el análisis histórico y crítico de la revista *El Censor*, Cano nos mostró a unos editores que fueron "fulminados por la ira patriótica" de don Marcelino en sus *Heterodoxos* y que, por ello, permanecieron en el olvido durante más de siglo y medio. De este modo, interpretamos que el crítico andaluz puso de relieve su labor crítica de rescate de la heterodoxia y que

pudo identificarse con los editores de esta revista por ser él mismo un "heterodoxo" de su tiempo (tanto en estudios de poetas menores como en su compromiso cultural antifranquista).

Otra importante crítica de José Luis Cano a Menéndez Pelayo la encontramos en la reseña a *Cartas de España* de Blanco White, cuando se refiere a que "el furor antiespañol y anticatólico estropea aquellas elegantes páginas". Sobresale que valore la concepción artística de los juicios del santanderino, porque el estilo era una condición esencial para transmitir las consideraciones críticas, en este caso el contenido dificultaría el placer estético. Dado que relaciona las palabras de Menéndez Pelayo con el presente, veamos una muestra del esencial concepto de los antecedentes en sus planteamientos hermenéuticos:

> Como se ve el gastado tópico de llamar antiespañol a todo aquel que no siga las sacrosantas tradiciones que arropan a la derecha española no es un invento de hoy ni tampoco de 1936. Ya lo usó, aplicándolo a Blanco, don Marcelino, y nuestros ultras de ayer y de hoy no han hecho más que heredarlo de éste (1975: 88).

En otro artículo titulado "Una poética desconocida: las 'Reflexiones sobre la poesía' de Philoaletheias (1787)", Cano reivindicó un texto prerromántico español que, aun siendo de los primeros que se publicaron, no había sido mencionado por ninguna historia de la literatura, "ni siquiera por Menéndez Pelayo". Como en la mayoría de los casos, *Heterodoxos y prerrománticos* supone una recopilación de artículos ya publicados en prestigiosas revistas españolas y americanas, este artículo apareció en el *Bulletin Hispanique* en 1961. El crítico andaluz puso de relieve que Menéndez Pelayo no citase esta primera poética prerromántica, pese a que en su biblioteca de Santander se guardaba el único ejemplar existente en España; Cano sólo conoció el que se custodiaba en la biblioteca Bodleiana de Oxford. En cuanto al autor, el crítico andaluz tuvo en cuenta que sólo existían vagas referencias en la correspondencia que mantuvieron Menéndez Pelayo y el hispanista francés Morel-Fatio entre 1904 y 1905, desmintió al primero en cuanto a que Philoaletheias fuera un pseudónimo y, por el mencionado compromiso con la historia y el conocimiento, animó a los hispanistas franceses a continuar el trabajo.

Su presencia en obras misceláneas

Cano buscaba convertir el análisis de una obra en la evocación del contexto humano y social en el que había surgido, esta idea la tomó de Menéndez Pelayo. Quizás ahí estribe "el calor entrañable" que desprenden muchos de sus trabajos (González Troyano: 1987: 24). Por ejemplo en el volumen crítico *El escritor y su aventura*, convocó a diversos escritores: Valera, Menéndez Pelayo, Emilia Pardo Bazán, Azorín, Valle Inclán, Baroja, Ortega, Goya, Gar-

cía Gómez, Cienfuegos, José Pizarro, Mariana Pineda, Julián Marías, Alfonso Reyes y Martí y Cansinos Assens –este último, un "olvidado" entonces por cuya necesaria recuperación apostó–. Pero no circunscribió su territorio crítico a la cultura española, su curiosidad –como el cosmopolitismo de muchos de los escritores hispánicos que glosa– lo impulsó a comentar obras de autores extranjeros como Stendhal, Louise Labé, Shelley, Byron, Goethe, Lautréamont, Rimbaud, Joyce, Artaud, Malcolm Lowry y Proust, incidiendo sobre todo en las vinculaciones entre las manifestaciones del espíritu europeo y la literatura española. Llevado por un interés vinculado con el noventayochismo, logró mostrar cómo la imagen literaria de España había latido tras muchas de estas producciones.

En *El escritor y su aventura*, publicado en 1966, Cano subrayó en el artículo "Menéndez Pelayo, crítico literario", que se había convertido en un símbolo o mito oficial con el centenario de su nacimiento y reclamó su vertiente humana, pero también la del sabio. Como en otros casos, se hizo eco de la recepción general y destacó que se consideró a Menéndez Pelayo "máximo representante de las tradiciones hispánicas, y hasta de la intolerancia religiosa y política" (1966:53). Apuntó que quizás por eliminar su intimidad cotidiana en los actos académicos y cursos de conferencias los jóvenes buscaran otro símbolo más cálido y entrañable. Al indicar que casi siempre supo separar la amistad y la literatura de la política, matizó que cien años después era poco frecuente. Valoró positivamente que rectificase sus errores como crítico y como historiador. Cano calificó como "breve pero delicioso libro" el de Dámaso Alonso titulado *Menéndez Pelayo, crítico literario. Las palinodias de don Marcelino*, en el que aparecen las interesantes matizaciones del cántabro. También demostró cómo sintetizó su trayectoria:

> Tal subtítulo pudiera parecer poco respetuoso, pero en la intención del autor no lo es en absoluto. Muy al contrario, esas palinodias son para Dámaso Alonso una muestra más de que don Marcelino, que comenzó su carrera de crítico con una actitud de intransigente esteticismo, acabó siendo, en su madurez, un crítico ampliamente humano, abierto a los cuatro vientos, y en el que se complementan la generosidad y la justicia (1966: 54).

El crítico andaluz glosó y apoyó algunas apreciaciones, por ejemplo la de su "clasicismo rabioso", ya que según Dámaso Alonso su ídolo era Horacio. Con todo, "la simbiosis cristiano-pagana que defendía Menéndez Pelayo era un imposible estético. Prueba de ello es que gran parte de sus poesías [...] despiden un tufillo pagano que llegó incluso a alarmar a sus amigos" (1966: 55). Al reimprimir *Horario en España* pasados ocho años, en 1885, señaló el santanderino que había dudado en volver a editarlo por el "modo absoluto e intolerante con que en él se sientan las proposiciones". Además de la atención a la recepción que destacó Cano, su fuerza expresiva se puso de manifiesto

cuando indicó que el clasicismo "exclusivista de sus años mozos era una especie de sarampión juvenil, del cual se encuentra ya curado".

La segunda palinodia consiste en el rechazo de Menéndez Pelayo a Heine en el mencionado libro, sin embargo seis años después, en 1883 indicó: "Confieso que en otros tiempos gustaba yo poco de Heine. Pero el gusto se educa y no soy de los que maldicen y proscriben las formas artísticas que no les son de fácil acceso o que no van bien con nuestra índole y propensiones" (1966: 56). El crítico andaluz lanzó la hipótesis de que en la escasa estimación inicial por Heine y los "heineanos españoles –con Bécquer a la cabeza–" pudo influir la amistad de Menéndez Pelayo con Juan Valera que nunca tomó en serio a Heine ni supo comprender al autor de las *Rimas*. Cano coincidió plenamente en la idea de formar el gusto porque vertebró su crítica divulgativa en revistas de posguerra y en sus seis antologías.

La tercera palinodia que glosó del libro de Dámaso Alonso se refiere a la poesía tradicional o popular, en 1877 el joven crítico Menéndez Pelayo, con veintiún años, escribió en *Horacio en España*: "cese en nuestros vates esa manía de las coplas, de los cantares y seguidillas. Si son populares, no son buenos, y si son buenos no son populares". Trece años después señaló que los grandes cancioneros galaico-portugueses contenían verdadera poesía que "nos conmueve y llega al alma". Según Dámaso Alonso el cambio se debió a la lectura del *Cancioneiro de Vaticana* en la edición de 1875 y al tesoro de lírica popular engarzado en el teatro de Lope de Vega, cuya edición prologó. Sin embargo, esta imagen del Meléndez Pelayo "dúctil y rectificador de sus propias equivocaciones" se rompe en parte porque fue implacable con Góngora y nunca admitió que aquella poesía pudiera ser bella. Cano subrayó el papel revalorizador de Dámaso Alonso de la obra gongorina y su apreciación en cuanto a que Menéndez Pelayo negaba también toda la poesía simbolista. El crítico andaluz recordó el entusiasmo de Verlaine y, a través de éste de Rubén Darío hacia el poeta cordobés; concluyó que don Marcelino negaba toda la poesía española de la primera mitad de este siglo.

Por otro lado, en *El escritor y su aventura* Cano realizó un homenaje a varios críticos literarios, entre ellos en el artículo "Doña Emilia" advirtió que no solo molestaba su actitud progresista y europeizante, sino el hecho de haber intervenido en la política, en la literatura, en el arte, en la religión, en la sociología y en la moral. Señaló el crítico andaluz:

> Lo curioso es que en esa hostilidad de sus compañeros de generación –fruto acaso de la masculinidad ibérica frente a la mujer que se atreve a ser no sólo esposa y madre– coinciden el reaccionario Pereda y el liberal Valera, el tradicionalista Menéndez Pelayo y el escéptico Palacio Valdés (1966:61).

Como ejemplo del enfoque aprendido de Azorín, señaló que con sus juicios enseñaba a amar a los clásicos porque los volvía "humanos y cordiales"

para verlos y sentirlos vivos, "no enterrados bajo la seca erudición" (relacionamos esta apreciación con el estilo crítico y vivificador que atribuyó a Dámaso Alonso). En este sentido, subrayó que "solo después de habernos acercado al hombre nos habla de la obra". Cano opuso lo cotidiano que mostraba Azorín a Menéndez Pelayo, que utilizó el mismo procedimiento, pero presentándolo a través de un "gran fresco histórico" en el momento culminante de su existencia. Señaló que Ortega definió el arte Menéndez Pelayo como "*Maximus in minimus*", así Azorín habría conseguido que lo vulgar se convirtiera en materia de arte –"primores de lo vulgar" según definió Ortega–.

Por otro lado, la tercera parte de *Españoles de dos siglos. De Valera a nuestros días* publicado en 1974 se titula "De Azorín a Juan Ramón" y recoge otro segmento temporal sobre el 98. El crítico andaluz comenzó con "Azorín y la poesía" manifestando su predilección y la posibilidad de que fuera poeta "por su sensibilidad, imaginación y fantasía". Este punto de vista conectaba con su propia condición de crítico-poeta y con la de tantos otros a lo largo de la historia literaria –y, en suma, con el homenaje a los críticos en *El escritor y su aventura*–. Cuando Cano se centró en la presencia de Azorín en *Vida nueva*, una revista progresista y de tendencia izquierdista, enumeró entre los redactores a Menéndez Pelayo –pero matizó que durante poco tiempo–. También habían figurado, entre ellos, Unamuno, Castelar, Joaquín Costa, Echegaray, Ganivet, Andrenio o Bonafoux, recogiendo de esta forma el amplio espectro de intelectuales que habían colaborado.

En su último volumen crítico, *Historia y poesía* publicado en 1992, en el artículo "Autobiografía de un ilustrado: Juan Antonio Llorente" comenzó Cano subrayando que su figura había sido "maltratada por la tradición reaccionaria, con Menéndez Pelayo a la cabeza, y defendida por historiadores liberales". Se pudo identificar cuando afirmó que a Llorente se le consideraba un "historiador activista que escribía para cambiar las cosas". Concluía así este estudio:

> La polémica entre los enemigos y los defensores de Llorente ha durado todo el siglo XIX y ha continuado en el XX. Hay que dar la razón a Robert Marrast cuando escribe que "encerrado por Menéndez Pelayo en el gueto de sus *Heterodoxos*, Llorente espera aún paradójicamente que un investigador sin prejuicios le consagre una obra serena" (1992: 28).

Como en otros casos, Cano insistió en los orígenes en el artículo "Azorín, la crítica y la poesía". Remitió a su conferencia en 1893 en el Ateneo literario de Valencia sobre el tema "La crítica literaria en España". Según su criterio desde el siglo XIX con Menéndez Pelayo, Clarín y Valera los problemas de la crítica literaria tomaron importancia. Destacó que el segundo lamentase, en 1890, que la crítica literaria hubiese renunciado a "valorar y juzgar objetivamente la obra literaria" para dedicarse al halago amistoso de los autores y a la benévola e inoperante reseña crítica (1964: 125). De esta forma el crítico

andaluz tomó conciencia de los principales errores.

La afinidad de Cano y Menéndez Pelayo superó las profundas diferencias en las perspectivas e ideologías, les unió la pasión por el conocimiento y la literatura, aunque como indicamos en el título de este artículo el andaluz fue un discípulo heterodoxo en el propio contexto de posguerra y también respecto al gran maestro. Con todo, valoró sus aportaciones y nociones de tradición y contexto, así como las rectificaciones. El siguiente apunte de Mainer sobre el crítico andaluz resulta iluminador:

> Su fe en la literatura era enorme. La concebía como la más alta expresión de la vida humana y como el lugar casi físico donde podían encontrarse los cómplices de aquella fe. Escribir, leer, leerse los unos a los otros eran los sacramentos, rigurosamente laicos por supuesto, de aquel ejercicio de autodescubrimiento, reconocimiento y fraternidad (2003: 59).

Podríamos afirmar que el pensamiento literario de Cano es de raigambre menendezpelayista, aunque muy matizado por el de Azorín, Cansinos Assens o Andrenio. En definitiva, Marcelino Menéndez Pelayo sentó en España las bases de la historia intelectual y en ella José Luis Cano ocupa un lugar importante que debe reivindicarse con urgencia a través de un mejor conocimiento de su obra crítica.

SILVIA GALLEGO SERRANO
UNIVERSIDAD DE GRANADA

BIBLIOGRAFÍA

ALONSO, Dámaso. (1952) *Poetas españoles contemporáneos*. Madrid. Gredos.

——— (1969) Intervención en el homenaje a Menéndez Pidal en el Ateneo de Madrid, el 25 de febrero de 1969 (Archivo del Ateneo de Madrid, ROT 3/4/4).

CANO, José Luis. (1955) *De Machado a Bousoño. Notas sobre poesía española contemporánea*. Madrid. Ínsula.

——— (1964) «Nota sobre la crítica literaria en España». *Comparative Literature Studies*, vol. 1, n. 4. Pensilvania. Universidad de Pensilvania.

——— (1966) *El escritor y su aventura*. Barcelona. Plaza y Janés.

——— (1974) *Españoles de dos siglos. De Valera a nuestros días*. Madrid. Seminarios y Ediciones.

——— (1975) *Heterodoxos y prerrománticos*. Madrid. Júcar.

——— (1991) *Los cuadernos de Adrián Dale. Memorias y relecturas*. Madrid. Orígenes.

——— (1992) *Historia y poesía*, Barcelona, Anthropos.

GONZÁLEZ TROYANO, Alberto. (1987) «La labor crítica y cultural de un hombre de su siglo». *Sonetos de la bahía y textos reunidos para José Luis Cano*. Algeciras. Mancomunidad de Municipios del Campo de Gibraltar.

——— (introd.) (2011). *Heterodoxos y prerrománticos*. Cádiz. Diputación Provincial de Cádiz.

GUERRERO, Antonio. (1991) *José Luis Cano: De Sonetos de la Bahía a La España de Bonafoux*. Algeciras. Fundación José Luis Cano.

MAINER, Jose-Carlos. (2003) *Filologías en el purgatorio*, Barcelona, Crítica.

MORA GARCÍA, José Luis. (2015) «José Luis Cano: el poeta que hizo de escritores y lectores sus prójimos y los nuestros». *Ínsula*. 817-818. 10-13.

SALINAS, Pedro. (1949) *Literatura española. Siglo XX*. México. Antigua Librería Robredo.

WAHNÓN BENSUSÁN, Sultana. (1991) *Introducción a la historia de las teorías literarias*. Granada. Universidad de Granada.

ZULUETA, Emilia de. (1974) *Historia de la crítica española contemporánea*. Madrid. Gredos.